UCA
Pontificia Universidad Católica Argentina
Biblioteca digital
de la Universidad Catolica Argentina

Fernández, Víctor Manuel

Danza de alegría en el cielo y en la tierra

Revista Criterio Nº 2268, Diciembre 2001

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.
La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *Danza de alegría en el cielo y en la tierra* [en línea]. *Criterio*, 2268 (diciembre, 2001) http://www.revistacriterio.com.ar/iglesia/danza-de-alegria-en-el-cielo-y-en-la-tierra/ Disponible en: http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/danza-alegria-cielo-tierra-fernandez.pdf [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Publicado en: http://www.revistacriterio.com.ar/iglesia/danza-de-alegria-en-el-cielo-y-en-la-tierra/

Danza de alegría en el cielo y en la tierra

por **Fernández, Víctor Manuel**

Mientras sea posible un gesto de amor, de generosidad, de cariño, pueden germinar las semillas de alegría que la gracia derrama en nuestras vidas. Pero los creyentes podemos preguntarnos qué relación tiene la alegría con nuestra fe, por qué razones en nuestra fe hay un permanente retoño de regocijo.

Dios en fiesta, Dios vulnerable

Creemos en Dios. ¿Podremos hablar sinceramente del ideal de la alegría si no somos capaces de concebir que Dios mismo sea alegre?

Cualquier relación entre personas que esté llena de cariño y de paz, pero privada de fiesta y de dinamismo, no tiene fuerza suficiente como para sostener la vida. Eso mismo puede suceder si a nuestra imagen de Dios le falta la alegría.

Dios, vida pura, ser sin límites, intensidad inagotable: Él mismo es alegría. Y esa alegría infinita se prolonga en la tierra cuando puede derramar su vida en nosotros.

En el hombre bueno y feliz, la alegría de Dios encuentra un término terreno, se manifiesta, se explaya, se hace historia una vez más. Por eso, podemos decir también que, cuando el hombre se cierra a la vida divina, la alegría de Dios es limitada en su dinamismo expansivo.

Lamentablemente, los textos bíblicos que hablan de la alegría de Dios no han sido demasiado difundidos. Quisiera destacar el más expresivo:

Tu Dios está en medio de ti, un poderoso salvador. Él exulta de gozo por ti, te renueva por su amor, y baila por ti con gritos de alegría, como en una fiesta (Sof 3, 17-18).(a)

La Biblia nos presenta a un Dios que, con alegría incontenible y desbordante, baila y grita cuando puede salvarnos, cuando puede recuperarnos, cuando le damos un espacio y le permitimos que nos libere. Vale la pena releer con el corazón que ¡Dios salta, grita, da vueltas de alegría por mí!

En el evangelio, Jesús es el buen pastor que, al recuperar la oveja perdida, la pone sobre sus hombros lleno de alegría (Lc 15, 5), y hay fiesta en el cielo (Lc 15, 7).
Detrás de esta imagen de Dios que nos presenta la Escritura hay una verdad muy honda y sugestiva:

Por un misterio que no alcanzamos a entender, el Dios perfectísimo, ilimitado, ha querido necesitar de la criatura humana. Si puede alegrarse cuando nos abrimos a su obra salvadora, es porque de alguna manera lo afecta nuestro rechazo. De manera que la relación de amor entre Dios y nosotros es verdaderamente *mutua*. En la encarnación se ha hecho vulnerable, y por un misterio que traspasa el tiempo y el espacio, el Jesús que sufría por el abandono de los hombres, se hace presente en nuestras vidas, es herido por amor a nosotros, y halla consuelo y gozo cuando nos recupera**.** Creemos en la sinceridad de Dios cuando dice: *Eres precioso a mis ojos, eres estimado, y yo te amo* (Is 43, 4).(b)

Nuestro Dios, por una decisión libre que procede de su amor perfecto, ha querido lamentarse por nuestro rechazo y anhelar nuestra amistad: *¡Si volvieras, si a mí volvieras!*(Jer 4, 1). Es

el padre que está esperando en el camino y se conmueve profundamente cuando ve regresar al hijo perdido (Lc 15, 21).

Jesús es el reflejo perfecto de esa actitud divina ante el ser humano cuando se queja frente a la ciudad amada: *Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise recibirte como la gallina junta a los pollitos bajo sus alas. ¡Pero no quisiste!* (Mt 23, 37).

San Juan de la Cruz (c) , gran místico de la Iglesia, ha expresado este misterio en el*Cántico Espiritual*, presentando a Jesús como un ciervo herido por tu amor, que te llama paloma, y que se goza cuando tu corazón se eleva de amor, cuando tu vida vuela. Porque cada vez que en tu vida hay un crecimiento, un avance, una maduración, una mayor recep-tividad ante su ternura y su gozo, él es el ciervo herido y afiebrado, que se refresca con tu respuesta de amor:

Vuélvete paloma,
porque el ciervo herido
por el valle se asoma,
y al aire de tu vuelo
fresco toma

La experiencia de los místicos da testimonio de esta relación verdaderamente mutua entre Dios y la criatura, donde Dios es verdaderamente alcanzado como término de nuestro amor **1**. Como ejemplo podemos mencionar el caso de la beata Angela de Foligno, que luego de sus más profundas experiencias místicas percibía que Dios le decía algo así: *Ángela, Dios está lleno de ti* **2**. Porque él, que todo lo tiene y nada necesita, se adapta a nuestro modo de amar y opta por dejarse tocar por nuestro amor, decide dejarse querer, elevando nuestra capacidad de amar a una dimensión infinita.

Ese Dios que nos atrae y nos impulsa a desearlo más y más, es en primer lugar un Dios que tiene un infinito deseo de nosotros. Es un Dios que, sobre todo a partir de la Encarnación, ha querido necesitar de nuestro amor, y goza cuando puede derramar su vida en nosotros. Pero esto, tan alto, sólo puede ser obra suya, iniciativa suya, impulso de amor divino que nosotros acogemos. Él mismo puso en nuestra intimidad la necesidad de recibir su ternura y de sostener nuestra debilidad en su cariño.

El día que logramos vencer nuestras resistencias, nos aflojamos, renunciamos a nuestros miedos y nos dejamos tomar por los brazos del Padre, ese día alcanzamos la paz y el gozo que tanto buscamos, aun en medio de problemas y preocupaciones. Porque precisamente cuando no nos queda otra cosa donde podamos apoyarnos, cuando los gozos terrenos se nos escapan como arena, el deseo defraudado ya no se deja engañar tan fácilmente. Se cuida de darle a este mundo un valor absoluto, y percibe que sólo en la alegría de Dios hay verdadera plenitud.

El anhelo interior de ese verdadero encuentro de amor, que ya ha comenzado, es al mismo tiempo una invitación a la alegría más intensa. Ese llamado, que nos recuerda que nuestras fibras más íntimas no fueron creadas para la tristeza, despierta el júbilo de sentirnos tiernamente agraciados.

La alegría en mi carne

Caeríamos en el antihumanismo jansenista si entendiéramos este gozo de Dios de una manera meramente espiritual, sin conexión con nuestro cuerpo, con nuestras necesidades emotivas, con nuestro deseo de placer. Dios, que ama al hombre entero, ama también su

gozo terreno, sensible, corpóreo. Así lo entendía San Ireneo (d) cuando afirmaba que la gloria de Dios es el hombre viviente.

En el fondo, aquí está la razón última por la cual no proponemos una fuga del mundo, y más bien nos sentimos impulsados a luchar por la promoción del hombre y la defensa de sus derechos. Una tenebrosa espiritualidad nos llevaría a pensar: que sufran, porque el sufrimiento prepara para la vida eterna, que pasen hambre, porque eso los purifica de sus pecados, y lo que interesa es el bien espiritual de las personas. Palabras más o menos, algo así sigue afirmándose −en la teoría o en la práctica− en algunos sectores de la Iglesia. Pero los restos de esta ideología malsana siguen en pie porque no se predica con pasión y convicción que Dios ama el placer, la felicidad terrena, el gozo sensible del ser humano. Sólo desde esa convicción profunda nos interesará luchar para que nadie viva indignamente, para aliviar el dolor de los demás; no nos bastará su bien espiritual.

Es cierto que Dios permite el sufrimiento por diversos motivos, y que el sufrimiento puede integrarse positivamente en la espiritualidad cristiana, pero no es menos cierto que lo primero en el querer divino es el gozo del hombre, que Dios creó todo con un fin: para que lo disfrutemos (1 Tim 6, 17). Precisamente por eso cada uno de nosotros está llamado a procurar la felicidad de los demás (Dt 15, 7-8; Is 58, 6-8).

Sin embargo, nadie estará marcado a fuego por este propósito si no se convence a fondo de que Dios lo ama y desea su propia felicidad, si no percibe con íntima gratitud que Dios se complace en su placer y en su alegría, si no ha renunciado a torturarse a sí mismo (Eclo 14, 6-7).

Dejemos brotar la alegría ante la ternura de Dios cuando él nos propone: *Hijo, trátate bien… No te prives de pasarte un buen día* (Eclo 14, 11.14).

También respondemos a la voluntad de Dios siguiendo esta invitación bíblica: *Alégrate en el día feliz… Dios hizo sencillo al hombre, pero él se complicó por muchas razones… Yo, por mi parte, alabo la alegría* (Ecle 7, 14.29; 8, 15).

Flujo y reflujo de la alegría

Puesto que estamos hechos para amar, sabemos que no hay mayor alegría que en un bien compartido: *Da y recibe, y alegra tu vida (Eclo 14, 16).* Los carismas que hemos recibido son para iluminar la vida en sociedad con el gozo de dar y recibir. Por eso dice el Eclesiastés que no hay mayor placer que gozarse en el fruto de un trabajo (Ecle 3, 22). Las alegrías más intensas de la vida brotan cuando un don recibido provoca la felicidad de los demás, ya que hay más alegría en dar que en recibir (Hch 20, 35) y Dios ama al que da con alegría (2 Cor 9, 7).

Cabe recordar la feliz escena de *La fiesta de Babette* (e), donde la generosa cocinera recibe un abrazo agradecido y este elogio: *¡Cómo deleitarás a los ángeles!*.

Qué dulce y reconfortante alegría es la de provocar deleite en los demás. Ese gozo, efecto del amor fraterno, no es el de la vanidad de quien se mira a sí mismo, sino el del amante que se complace en el placer del amado.

Pero el consejo bíblico dice: Da *y recibe* (Eclo 14, 16). Derramarme en el otro, hacerme fecundo en él, sin disponerme a recibir algo de él, es no reconocer el inmenso valor del hermano, es una incapacidad de contemplarlo como fuente de bien para mí. En ese caso, el amor está mutilado, y también estará mutilada la alegría.

Pocos advierten el acento de San Pablo cuando habla del cuerpo místico y de la importancia de los dones de todos. Allí, la actitud negativa que Pablo describe no es la de no querer dar, sino precisamente la de no querer recibir, la de no saber gozarse en el don del hermano: *No puede el ojo decir a la mano: 'No te necesito'… Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte de su gozo* (1 Cor 12, 21.26).

La caridad implica que el ser amado es estimado como *de alto valor* **3**. Por eso, la vida espiritual no es sólo contemplación de Dios, sino también una contemplación del hermano en su inmensa nobleza, una admiración gozosa ante lo que Dios mismo ha sembrado en él. La capacidad de beber del cántaro del hermano es fuente de un gozo peculiar. Sin esa actitud, nuestra alegría tendrá siempre una sombra oscura.

¿Acaso puede haber verdadero amor en una pareja si uno de los dos se encierra en sus esquemas, si se siente salvado en sus seguridades, y ya no se deja interpelar y completar por el otro? En cualquier relación humana, cuando uno de los dos deja de ser receptivo y se clausura en sus logros, se renuncia al dinamismo del amor y se congela el júbilo:

Pero si
pese a todo
no puedes evitarlo
y congelas el júbilo
y quieres con desgana
y te salvas ahora
y te llenas de calma
y reservas del mundo
solo un rincón tranquilo
y dejas caer los párpados
pesados como juicios
y te secas sin labios
y te duermes sin sueño
y te piensas sin sangre
y te juzgas sin tiempo
y te quedas inmóvil
al borde del camino
y te salvas
entonces
no te quedes conmigo **4**

El límite de la alegría

La experiencia demuestra que la alegría también logra convivir, en la vida concreta, con dificultades, sufrimientos, límites. Hay muchas maneras de encontrar gozo también en medio de diversas preocupaciones **5**. Pero lo que más suele empañar la alegría es el sufrimiento de los demás. Lo sabe cualquiera que sepa amar, o que al menos intente querer a sus semejantes.

El Eclesiastés, que invita con insistencia a gozar de la vida, ha reconocido con congoja el peso de este límite:

Vi el llanto de los oprimidos, sin tener quien los consuele; la violencia de sus verdugos, sin tener quien los vengue. Y felicité a los muertos que ya perecieron, más que a los vivos que todavía viven (Ecle 4, 1-2).

Sin embargo, conviene recordar que no ayudamos a nadie con lamentos prolongados, o con tristezas crónicas. Además, cuando miramos el dolor de los demás, allí mismo encontramos con frecuencia muchos signos de esperanza para nuestro mundo decadente. Contemplando el universo del sufrimiento, allí mismo, en medio de enfermedades, pobreza y fracasos, podemos ver: un enfermo en un hospital que se dedica a consolar y alegrar a los que están a su lado, un pobre que comparte su pan con otro tan hambriento como él, una mujer que perdió su esposo y se desvive por ayudar a sus hijos a seguir viviendo, un paralítico que sonríe. Verdaderas señales que estimulan nuestra alegre y segura esperanza.

Por otra parte, mi aporte a los hermanos crucificados no es la tristeza, sino la alegría de mi simple entrega en medio de las tribulaciones de mi propia vida:

Cuánto más pienso en el sufrimiento humano… más importante que nunca es entonces ser fiel a mi vocación de hacer bien las pocas cosas que estoy llamado a hacer, y conservar la alegría y la paz que ellas me dan. Debo resistir la tentación de dejar que las fuerzas de las tinieblas me arrastren a la desesperanza y me conviertan en una más de sus víctimas **6**.

Desde mi humilde aporte, yo verdaderamente puedo cambiar el mundo. Suena a frase gastada, pero es real. Mi entrega en lo que me toque vivir y hacer, si está impregnada de amor sincero, desata siempre un movimiento misteriosamente positivo, produce un dinamismo subterráneo que comienza a cambiar algo en la historia. Deteniéndome a llorar las cosas grandes que no puedo hacer, estoy privando al mundo de algo grande que sí puede comenzar a nacer. Algo nuevo se va gestando, aunque yo no lo vea, a partir de grandes sueños en pequeños granitos de mostaza.

Con esa seguridad puedo levantarme cada mañana, sin permitir que los problemas y dolores, propios y ajenos, me encierren en la comodidad y el egoísmo. Con ese dinamismo de esperanza, ofrezco a los demás mi sincera alegría.

La cima de mi vida

Finalmente, quisiera volver a lo que decíamos al comienzo. No cabe concluir sin fijar la mirada en la fuente misma de toda alegría, en el sentido último de nuestras vidas: Dios, que ha querido ofrecernos el gozo sin confines, el exultante regocijo de encontrarlo a él completa y definitivamente.

Ya en el camino de esta tierra estamos llamados a compartir la experiencia de María, hasta que podamos decir con ella que el corazón se nos estremece de gozo en Dios (Lc 1, 47). En María, llena de Dios, se cumplen los anuncios de gozo del profeta:

¡Lanza gritos de gozo, hija de Sión, lanza clamores, alégrate y exulta de todo corazón, hija de Jerusalén!… El Rey de Israel está en medio de ti (Sof 3, 14-15).
Dios, hecho hermano en Cristo, es nuestra mayor alegría, la gran alegría que se nos ha anunciado (Lc 2, 10), y que puede sostenernos cuando todo se acaba, cuando toda otra felicidad se esfuma para siempre. Por eso San Pablo exhorta insistentemente*: Estén siempre alegres en el Señor; les repito, estén siempre alegres* (Flp 4, 4).

Hay en nosotros un llamado a esa suprema alegría que puede brindarnos el encuentro con el Resucitado. Esa alegría misteriosa que, destruyendo todos nuestros esquemas, suele presentarse bajo la figura del dolor. De ese gozo que deses-tructura la vida nos dan testimonio los grandes místicos. Teresa de Ávila (f) hablaba de un dardo de Dios que llegaba a las entrañas, produciendo un gozoso dolor que no podía desear que se me quitara (Vida, XXIX).

No sería realmente humanizante una invitación a la alegría que no convocara a esa cima del gozo. Con firme esperanza deseamos que la alegría de Dios pueda apoderarse plenamente de nosotros. Entonces sí llegaremos a bailar y gritar de gozo con Dios, en la fiesta del mundo nuevo. Vueltas y vueltas de amor feliz y liberado.

(a) Sofonías, uno de los profetas menores, les habla a los pobres del Señor.

(b) El libro de Isaías es el primero y más extenso y complejo de los escritos proféticos.

(c) San Juan de la Cruz (1542-1591).

(d) San Ireneo (c.125-202), Padre de la Iglesia.

1. S. Tomás de Aquino, *I Sent*., 30, 1, 2.

2. B. Ángela de Foligno (c.1248-1309), *Libro Espiritual*, 20, 2.

(e) *La fiesta de Babette,* film *de* Gabriel Axel (1987), sobre la novela de Isak Dinesen, pseudónimo de la escritora danesa Ka-ren Blixen.

3. S. Tomás de Aquino, *Summa Th.* I-II 26, 3.

4. Mario Benedetti, *Poemas de otros*, Buenos Aires 1989, 97.

5. Cuestión que desarrollaré ampliamente, y con variadas sugerencias concretas, en un libro de próxima aparición: *Vivir en paz. Del lamento a la libertad interior*, San Pablo (Madrid).

6. H. J. M. Nouwen, *Aquí y ahora*, Madrid 1995, 43.

(f) Teresa de Ávila (1515-1582).